

En el corazón de Europa

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

El atentado yihadista del pasado 7 de enero no se ha producido en las lejanas Bagdad o Kabul, sino en París, en pleno corazón de Europa. En la cuna de la Revolución Francesa y de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Hasta cierto punto, constituye un ataque a los valores esenciales de la República y, en general, de nuestro mundo occidental. Y es que ya sabemos que el yihadismo está en guerra contra Occidente. Y, ojo, que digo el yihadismo y no el Islam, que son cosas distintas. De hecho, los máximos líderes musulmanes no sólo de Francia, sino también del resto de Europa se han apresurado a condenar este brutal asesinato, tratando de separar claramente lo que es la religión musulmana de un terrorismo puro y duro del que ellos mismos también abominan. En este sentido, no olvidemos que en Europa occidental hay aproximadamente 25 millones de musulmanes, de los cuales cinco habitan en Francia. Sería fácil, y hasta demagógico, extender la idea de que todos ellos apoyan salvajadas como la perpetrada contra el semanal “Charlie Hebdo”. Rotundamente no. Aunque tampoco podemos desdeñar el auge de los partidos de extrema derecha y xenófobos en la conformación del actual Parlamento Europeo o el movimiento Pegida (Patriotas europeos contra la islamización de Occidente), cuyos adeptos en Alemania van ganando peso día a día. Ahí están como botón de muestra las manifestaciones de Dresde. Está claro que hay un grave problema de integración, siquiera de una muy pequeña minoría, que ha visto en el yihadismo una nueva forma de identidad alternativa a la propuesta en la escuela y a la adoptada en la familia. Dicha minoría se siente ajena a la primera y no comparte la segunda, buscando un protagonismo de corte totalmente diferente que en estos momentos sólo el yihadismo es capaz de satisfacer. Y es que la propaganda que estos grupos yihadistas ejercen a través de Internet y con grandes sumas de dinero detrás puede constituir un atractivo para algunos de esos jóvenes. ¿Se podría hablar de una especie de identidad yihadistas en la que encontrar su acomodo?

Dicho esto, no debemos olvidar que si el yihadismo ha cogido fuerza ha sido gracias, fundamentalmente, a la grave crisis política que vive el Próximo Oriente desde las llamadas primaveras árabes. Y aquí el conflicto de Siria resulta especialmente revelador. En unos meses se cumplirán cuatro años del estallido de una guerra civil que, de momento, ha devastado buena parte del país y ha dejado más de 200.000 muertos y varios millones de refugiados. Sin duda, el caos provocado por esta contienda fue muy pronto aprovechado por los grupos terroristas de corte yihadista. Es cierto que el presidente sirio Bashar al-Asad, sirviéndose de un claro abuso del lenguaje, tildó a toda la oposición de terroristas, pero, en el fondo, y salvando a algunos opositores bienintencionados, no le faltaba razón. El problema estuvo en que las potencias occidentales, lejos de ver este problema, prefirieron debilitar al régimen sirio, con las consecuencias que ahora tenemos. Evidentemente, a Siria se le tenía ganas, por su alianza con Irán y, en último término, con Rusia, nación a la que desde hace años se trata de debilitar. Pero tampoco nos olvidemos de Israel, eterno enemigo de Damasco, y, qué casualidad, el estado que sale mejor parado frente a la debilidad de casi todos sus vecinos (Líbano, Siria o Egipto). Pues bien, la pérdida de poder por parte del gobierno sirio en amplias zonas de su territorio ha sido aprovechada para su reemplazo por estos grupos extremistas que no han hecho sino implantar una auténtica dictadura religiosa allí donde mandan. El caso de Ar-Raqqah (norte de Siria) puede ser significativo: implantación de la sharia, ejecución de alauitas (facción del chiísmo) y expulsión de los cristianos (10% de la población aproximadamente). Es el patrón de actuación que se ha seguido en todos los casos. También en Irak, por supuesto, donde las estructuras estatales hicieron aguas ante el avance de los yihadistas en sus áreas septentrionales, las mayoritariamente sunitas. Desde ese momento, ambos conflictos, el sirio y el iraquí, se han retroalimentado y las llamadas de los dirigentes del Estado Islámico a la yihad han tenido eco no sólo entre los musulmanes de la región o de África, sino también de Europa.

En realidad, estamos ante un problema global, de terrorismo internacional, que es capaz de golpear en cualquier lugar del mundo. Por su proximidad y por lo que representa, el atentado de

París puede parecernos horroroso y lo es. Pero también lo son los que se producen en otras muchas ciudades de predominio musulmán en las que mueren cantidad de inocentes. Sin ir más lejos, el mismo día del ataque a “Charlie Hebdo”, Al-Qaeda en la Península Arábiga perpetró un atentado en la capital de Yemen, Saná, con el resultado de varias decenas de muertos y heridos chiítas. Es una muestra más de que el terrorismo yihadista puede actuar en todo momento. Por supuesto, en las democracias occidentales se puede tener la sensación de una cierta indefensión frente a los países dictatoriales, pero no es del todo cierto. Los niveles de información que poseen los Estados, los servicios de Inteligencia y los mecanismos de colaboración entre países parecerían desmentir esa impresión. A este respecto, la actuación debería dirigirse en una doble dirección. Por un lado, a nivel interior, con una pedagogía muy clara, pero también con la firmeza de nuestros valores de libertades y conquista de derechos democráticos. Eso del *melting-pot* puede estar muy bien en los manuales de Antropología, pero la realidad europea es mucho más compleja y difícil de gestionar, tal como lo estamos viendo. Desde luego, no creo en el choque de civilizaciones a la manera de Huntington, pero tampoco en la ingenuidad de ciertos multiculturalistas. Integración sí, pero no a cualquier precio. Y, por otro lado, a nivel internacional. En el plano político, siempre he sido partidario de buscar una solución en Siria contando con al-Asad como parte de la misma. Hoy más que nunca la cooperación con el presidente sirio es fundamental. Otro tanto diría de Turquía, actor clave en la región y, como se está viendo, por cuyos aeropuertos pasan muchos de los combatientes europeos que van a hacer la yihad en Siria. Por último, Irán, agente internacional fundamental para terminar con las bases yihadistas en Irak, apoyando a su Ejército y a los peshmerga kurdos. Porque, en verdad, cuanto más tiempo se perdure el poder del EI en la región más atracción seguirá ejerciendo en ciertos jóvenes musulmanes de Europa. Aunque quizás no sea éste el único atractivo.

9 de enero de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 10 de enero de 2015, p. 22,
y en *El Correo*, 10 de enero de 2015, p. 32